

solemne arranque á sus veleidades y ligerezas. Recordó su juramento ante las Cortes. Sus ojos vieron en letras de fuego las palabras memorables con que expresó su propósito de *no imponerse á la soberanía de la Nación*, y firmó.

—Y ya tenemos á los sargentos en los puestos de los oficiales. Me da en la nariz que algunos de los agraviados ofrecerán sus servicios á Carlos VII.

—Así será, hijo mío. La Nación está en presencia de graves turbaciones y luchas sangrientas. Para salir viva de ellas necesita sacar de su sér el poder anímico que hoy parece adormecido. Fracasada la conjura de los constitucionales, la rabia del pataleo les inspira resoluciones sumamente cómicas. Entérate de esto: la Duquesa de la Torre ha dimitado su cargo de Camarera Mayor de la Reina, y el Duque renuncia á todos sus empleos, títulos y condecoraciones. La figura de Amadeo se ha crecido á mis ojos. Presumo que en su mente germina y florece la idea de la abdicación. ¿Estamos frente á un acontecimiento digno de mí?»

Sorprendido quedé viendo el arrogante ademán con que *Mariana* se levantó de su asiento. La sorpresa fué pasmo y admiración cuando la vi transfigurada de vieja caduca en matrona gallarda, de rostro helénico y figura escultórica. Temblé de emoción al oír el vibrante sonido de su voz, pronunciando este imperativo llamamiento: «Graziella, ven; ha llegado mi hora. Saca del arcón mi clámide

más hermosa. Tráeme la diadema y el coturno... ¿No entiendes, tonta?... Mis borceguíes de tacones de oro.»

XXVI

Con potente acción de mi voluntad sobre mis sentidos logré desembarazarme de aquel mundo quimérico, y me restituí á la vida normal, volviendo á mi casa y á la comunicación afectuosa con mis amigos. Valero de Tornos, alfonsino, y Ramón Cala, republicano, me llevaron al Congreso, y en pasillos, tribunas y Salón de Conferencias noté agitación y vocerío que me recordaban *el gran barullo*, pronóstico de Ferreras. Por aquel cálido y tempestuoso ambiente corría como centella esta frase luminica: *El Rey abdica*. Pepe Ferreras, que por su autoridad y claro sentido de las cosas formaba corrillo en cuanto hablaba, puso el paño al púlpito y nos dijo: «Don Amadeo se va; don Amadeo vuelve la espalda á este pueblo de orates y nos deja entregados á nuestras propias locuras. No creáis, como algunos dicen, que á la Reina le cuesta trabajo desprenderse del Trono español. Es todo lo contrario.» Como sobre este punto se moviera ligera discusión en el corrillo, el buen zamorano, mascando un puro rebelde al fósforo y á las quijadas, prosiguió así:

«Por una dama discretísima, la más afecta

á Su Majestad la Reina, he sabido que ésta planteó á su marido la cuestión en forma concluyente. No tenía ya paciencia para soportar los desprecios del patriciado de señoras, que habían manifestado con descortesía su fanatismo y su inferioridad mental. ¿Querían Borbones? Pues dárselos. La santa Señora, que siente nostalgia honda de su tierra y de su casa ducal, saldrá de aquí dejando memoria eterna de sus virtudes. A cambio de esto no se llevará ni una hilacha. Huye de nosotros para librarse de los dos fantasmas que llenan su alma de terror: el carlismo y la Internacional. Anhela sacar á su esposo y á sus hijos de un país donde no hay hombres que sepan domar las pasiones, y establecer un Gobierno que sea garantía de la libertad y de la paz... Estos sentimientos y razones han ganado el ánimo del Rey, que, como ustedes saben, no tiene ambición. La Corona no le deslumbra; por conservarla y traer á la razón á los elementos que componen esta olla de grillos no quiere emplear la fuerza, ni derramar sangre española. Por tanto, es irrevocable su resolución de abdicar la Corona, y así lo ha manifestado á don Manuel Ruiz Zorrilla... Así lo ha manifestado... así lo ha dicho.»

Más tarde, recorriendo distintas cavidades de aquel horno de pasiones y disputas, me encontré en otro corrillo donde Llano y Persi y don Santos La Hoz vaciaban en los oídos las noticias más recientes: el Rey había encargado á don José de Olózaga el mensaje de

abdicación; mas no habiéndole gustado la forma y algunos conceptos del documento, encargó nueva redacción de él á don Eugenio Montero Ríos. Llegó en esto la noche, y el zumbir de colmena aumentaba en el Congreso. Metiéndome en todos los corrillos vi al propio Rivero esculpiendo, con su voz dura y su gesto autoritario, la Historia de España en aquella memorable noche del 10 al 11 de Febrero de 1873. Por la voz, el ceño y el ademán, don Nicolás María Rivero era un cíclope ceceoso que hablaba dando martillazos sobre un yunque. Oponiase airadamente á la pretensión de Zorrilla que, acariciando aún la esperanza de disuadir al Rey de su propósito, intentó suspender las sesiones de Cortes. Rivero, firme y tozudo en la idea contraria, quería reunir Senado y Congreso, constituyendo así la Asamblea Nacional (llamada por algunos Convención), que al recibir la renuncia del Rey asumiría todos los poderes.

Como teníamos jarana para toda la noche, me fui á cenar con Ramón Cala y don Santos la Hoz á la taberna de la calle del Turco, donde es fama que se dieron cita los matadores de Prim. Volvimos al instante al Congreso, que estaba en sesión permanente. En las inmediaciones del edificio, por Floridablanca y Carrera de San Jerónimo, había gentío expectante. Relajada la disciplina de ugieres y porteros, entraban, salían y andaban por aquella casa los ciudadanos, en revuelta familiaridad con diputados y senadores. Co-

rrían de grupo en grupo noticias estupendas. En uno se aseguraba que *ya no había nada de lo dicho*, que el Rey se quedaba entre nosotros, ganoso de nuestra felicidad; en otro decían que los constitucionales procuraban entenderse con el Gobierno para buscar *la consabida y tan acreditada* fórmula de concordia, que permitiera seguir turnando mansamente en los pesebres del presupuesto; más allá oímos que Serrano enviaba un recadito al General Moriones para que acudiese á Madrid con algunas fuerzas.

En estas contradicciones y resoplidos *del gran barullo* de Ferreras se pasó la noche. Me fuí á dormir á mi casa, y en la mañana del 11 traté de volver á mi puesto ó atalaya de la Historia. Pero á la familiar licencia de la tarde y noche anteriores para franquear el edificio, había sustituido un rigor extremado. Los ugieres no dejaban pasar ni una mosca, y hube de mantenerme en la calle observando los grupos que circundaban el templo de las leyes. Allí me encontré con las furibundas mesnadas de Mateo Nuevo, de García López y con muchos individuos de la *Junta Suprema del Consejo de la Federación Española*. Vi cuadrillas de hombres armados, inquietos y vociferantes. Busqué ávidamente entre la multitud á Nicolás Estévanez, y no le hallé ni nadie me dió razón de él. Ya perdía yo la esperanza de colarme en el Congreso, cuando mi buena suerte me deparó á Moreno Rodríguez, á cuyos faldones me agarré para romper la terrible consigna porteril. En las

tribunas no se cabía. Cuando pude meter el hocico en la de la Prensa, con terribles ahogos y apreturas, ya se había leído el mensaje de abdicación de Amadeo I. Poco después conocí el documento y pude apreciar su entonación viril y el amargo lamentar de un Rey que no logró la paz y ventura de sus pueblos. Quejándose de la crudeza implacable con que luchaban los partidos, decía: «Si fuesen extranjeros, al frente de estos soldados tan valientes como sufridos, sería yo el primero en combatirlos; pero todos los que con la espada, con la pluma, con la palabra agravan y perpetúan los males de la Nación son españoles, todos invocan el dulce nombre de la Patria, todos pelean y se agitan por su bien, y entre el fragor del combate, entre el confuso, atronador y contradictorio clamor de los partidos, entre tantas y tan opuestas manifestaciones de la opinión pública, es imposible atinar cuál es la verdadera, y más imposible todavía hallar el remedio para tantos males.»

En otro lugar se expresaba de este modo: «Nadie achacará á flaqueza de ánimo mi resolución. No habría peligro que me moviera á desceñirme la Corona si creyera que la llevaba en mis sienes para bien de los españoles...» A renglón seguido pedía, en su nombre y en el de su esposa, que se indultase á los autores del atentado de la calle del Arsenal. Y terminaba, con frase patética, haciendo renuncia de la Corona por sí, por sus hijos y sucesores, y despidiéndose *de la noble y*

desgraciada España con toda la efusión de su alma generosa. Suspendieron la sesión para redactar la respuesta que las Cortes debían dar al Rey dimisionario. Crecía la efervescencia en el interior del Congreso, y fuera la inquietud popular era ya imponente. Para calmar los ánimos, salió Figueras á una ventana, por la calle de Floridablanca, y pronunció una breve arenga, cuya síntesis era ésta: «De aquí saldremos muertos ó con la República votada.»

Encargado Castelar de contestar al Rey, redactó en breve tiempo un elocuente mensaje. Se reanudó la sesión. Presidía Rivero; á su lado se sentaba Figuerola, presidente del Senado. Los escaños rebosaban de legisladores de diferentes capacidades y cataduras. Todo lo que allí pasaba era irregular y contrario á la Constitución, según la cual no podían deliberar juntas en ningún caso las dos Cámaras. Sobre el fondo de un silencio majestático fué leído el mensaje de Castelar, un adiós ceremonioso al Rey caballero, que prefería la paz de su hogar al tumulto de una Patria hirviente y postiza. El estilo grandilocuente y ampuloso del orador poeta lucía en todo el documento. Flores y más flores arrojaban las Cortes sobre la persona del Soberano dimitente y de su augusta y amada esposa. Se les despedía con galas retóricas, lindísimas y bien olientes, ofreciéndoles, como poético galardón, la ciudadanía de un pueblo independiente y libre. *Ite, misa est.*

XXVII

Sin discusión fueron aprobadas la renuncia del Rey y la respuesta ó responso que le dieron las Cortes al asumir todos los poderes. A Palacio acudió una Comisión presidida por Rivero, la cual debía poner en manos de Su Majestad dimisionaria los tiernos adioses de la *tan noble como desgraciada España*. En el acto palatino, que según me dijeron fué solemne y triste, Rivero, con la trémula voz de un cíclope conmovido, pidió al Rey y á la Reina el honor de estrecharles la mano, y no hay que decir que tal honra le fué cordialmente otorgada. Los Reyes dijeron para sí: *Adiós, mundo amargo.*

Primer trámite del Parlamento después de lo relatado fué la renuncia del Gobierno, que ya estaba como el alma de Garibay. Inmediatamente se presentó la proposición pidiendo que se proclamase la República. El debate fué ordenado y serio, sin más acritud que el corto pero grave altercado entre Martos y Rivero. Este, movido de su temperamento irascible y despótico, exigió duramente á los que fueron ministros de don Amadeo que ocuparan interinamente el banco azul. Saltó Martos de su asiento, como enconada fierecilla, y con aplauso del Congreso dijo entre otras cosas: «No está bien que empiecen las

formas de la tiranía el día en que se despidió el poder monárquico.» Estas palabritas hirieron á don Nicolás en lo más vivo, obligándole á descender, con runflante protesta, del augusto sitial... ¡A votar, á votar! *Doscientos cincuenta y ocho votos contra treinta y dos* decidieron que España no era ya Monarquía, sino República. *Laus Deo.*

Procedióse á elegir Poder Ejecutivo. He aquí el primer Ministerio de la República: Presidencia, Figueras.—Estado, Castelar.—Gobernación, Pi y Margall.—Gracia y Justicia, Salmerón (don Nicolás).—Hacienda, Echegaray.—Guerra, Córdova.—Marina, Beránger.—Fomento, Becerra.—Ultramar, Salmerón (don Francisco). Cuatro de estos señores pasaron de ministros de don Amadeo á ministros de la República con la corta pausa de un trámite parlamentario. Martos vitoreó calurosamente á la República, á la integridad de la Patria y á Cuba española, y Figueras anunció días de ventura bajo un régimen de concordia, paz y libertad... El cambio de instituciones, que parecía mutación teatral con subir y bajar de telones pintados, fué acogido por el pueblo con alegría más expansiva que escandalosa. Las multitudes que invadían las calles próximas al Congreso se difundieron fraccionándose. El más nutrido destacamento fué á parar á la Puerta del Sol, irradiando su ardor patriótico con vítores, cánticos, músicas y desahogos inocentes, sin molestar á nadie ni llegar á las tonalidades demagógicas. En Antón Martín el tumulto fué más

vivo, y aparecieron banderas aparejadas precipitadamente por ciudadanas en quien se juntaban el republicanismo y la majeza. En la Plaza de la Cebada, en Maravillas, San Gil y demás puntos estratégicos de las expansiones madrileñas, el entusiasmo no traspasó los límites de la moderación. Ello fué como un plácido regocijo lugareño, festejando *la tralá de aguas* ó la elección de un alcalde muy querido en la localidad.

Con puntualidad absolutamente espontánea, pues no mediaron órdenes ni avisos, aparecieron iluminados casi todos los balcones de Madrid en la noche del 11 al 12 de Febrero. Obdulía y yo recorrimos algunas calles, y en las de Alcalá y Arenal contemplamos las lucecitas balconarias, haciendo de todas ellas recuento y análisis. Eran como letras, palabras y conceptos de una página histórica, escrita con hachones y farolillos. Sin más auxilio que nuestro criterio y el conocimiento en cierto modo adivinatorio que teníamos del vecindario matritense, leímos aquella página y la diputamos por vergonzosa y repugnante. Las casas de los republicanos, que eran los legítimos triunfadores en la jornada del 11 de Febrero, estaban á obscuras, y en cambio los palacios aristocráticos, las moradas de las damas católicas y de los señorones alfonsinos y carlistas brillaban con espléndido alumbrado, signo de lisonjeras esperanzas. Mayormente nos escandalizó la cínica refulgencia de las casas donde se albergaban los corifeos del viejo

progresismo, que hasta el día 10 fueron cortesanos y servidores de don Amadeo.

Pasando junto al Teatro Real en dirección de la plaza de Oriente, me tocó en la espalda, llamándome por mi nombre, una mujer enlutada, cubierto el rostro de negro velo. Por la voz conocí á Graziella, y rogándole que abandonara el tapujo, le dije: «Numen de Italia, ¿también tú nos dejas?»

—Bien quisiera volver á mi Patria—contestó la ninfa con voz tremante.—Esta patria postiza me rechaza. ¡Oh, España!... *Vedo l'armi, vedo le mure, ma la gloria non vedo.*

—Hechicera del Arno y Tíber, hija del Cardenal Fieramosca, ¿quién te trajo á España?

—Me trajeron, diez años ha, unos pobres coristas de ópera. Era yo mocita cuando mis padres rebuznaban, en este teatrón, los corales del *Moisés* y de *La Gazza Ladra*. Ya sabes lo que fui cuando abandonada de mis padres me metí en la vida *traviattesca*. Mucho he visto, mucho aprendí en esta tierra de la donosa picardía... Dragonetti me conoce bien. Voy á Palacio á despedir á unos parientes míos que moran en las alturas, los rufianes del Rey. Quiero dar á todos mis tientos adioses.

—Sigue mi consejo, Graziella, y vete con los de tu raza.

—No puedo, queridos amigos Tito y Tita; que en Madrid he de quedarme al cuidado de mi anciano protector y amigo del alma don Hilario. A proceder así me mueve con mi cariño la ambición intensa que me llena toda

el alma. ¿Sabes lo que ambiciono?... No te rías... Aspiro á que vosotros, los locos de la Federal, hagáis obispo al sacerdote más ilustrado y virtuoso que existe en las Españas míseras. Con el oro y la plata de mis ahorros le he comprado ya la mitra y báculo... Dentro de pocos días adquiriré un magnífico pectoral que he visto en el Monte y un soberbio anillo, que espero besaréis con devoción tú y todos tus compinches... En fin, apresurad el paso, que yo tengo prisa. Si queréis entrar en Palacio venid conmigo.»

En esto nos hallábamos frente á la inmensa mole de la casa de los Reyes, huraña y obscura, contrastando lúgubramente con las luminarias de la Burguesía enfatuada y de la Aristocracia enloquecida.

XXVIII

Momentos después, mi *Tita* y yo, por virtud del poder milagroso que llevábamos en nuestras almas, nos convertíamos en gatitos diminutos y recorriamos, con jugueteo y brincos invisibles, la Saleta, la Antecámara y Cámara, y otras regias estancias. Un hado benéfico, protector de nuestro sagaz espionaje, nos permitió ver el solemne desfile que era fin y principio, engarce ó eslabón entre dos interesantes etapas históricas. Delante iban damas y palaciegos rodeando á las servidoras que conducían á los dos niños mayores,

Manuel Filiberto, ex-Príncipe de Asturias, de cuatro años de edad (*), y Víctor Manuel, de tres años y dos meses (**). Seguía el ama que llevaba en brazos al ex-Infante Luis Amadeo Fernando, nacido en Madrid el 29 de Enero: su edad, catorce días (***). En torno á esta criatura se agrupaban los Marqueses de Dragonetti y otras personas de alta jerarquía, italianas y españolas. Detrás iba don Amadeo grave y sereno, sin expresar pena ni alegría, vestido de viaje. La corona y atributos monárquicos se habían quedado en el suelo del Despacho del Rey, al pie del retrato de María Luisa.

Daba el brazo el Monarca dimisionario á su digna y santa esposa doña María Victoria, envuelta en pieles. No se le veía más que el rostro pálido, con marcadas huellas de dolencia reciente. No parecía pesarosa de abandonar la colosal vivienda que fué para ella lugar de ansiedad y martirio. A los que fueron sus servidores despedía con sonrisa graciosa y afable. Creímos que les decía: «No me llevo más que lo mío, mi marido y mis hijos. Os dejo todo lo vuestro, una corona que no ambicioné y un título de Reina que no fué para mí más que una palabra vana.»

Rodeaban á los Reyes personas finchadas de éstas que llaman hombres públicos. No transcribo nombres porque no estoy bien se-

(*) Hoy Duque de Aosta.

(**) Hoy Conde de Turin.

(***) Hoy Duque de los Abruzzos, explorador del Polo Norte.

guro de acertar en mis designaciones. Había entre ellos algunos militares que en ocasión distinta enumeré en estas páginas. Confundido entre la turbamulta, y como si quisiera ocultar con su persona su desconsuelo, iba Ruiz Zorrilla, con luto y resignación en el rostro macilento. En la cola de la procesión vi á mi adorada señora *Mariclio*, tan grande que no había techo de suficiente alteza para su figura majestuosa. Vestía la clámide griega, calzaba el coturno y ceñía su frente la diadema cuyos reflejos iluminaban el Espacio y el Tiempo. Su rostro clásico, sus labios mudos y sus ojos divinos decían: «Al fin encontré la página hermosa. Ahora soy quien soy.»

El momento más triste y grandioso de aquel éxodo fué el descender de la comitiva por la Escalera de Honor, entre alabarderos rígidos, sin música ni voces que turbaran el fúnebre silencio. Sólo el rumor de las pisadas marcaba el lento caminar de una época, declinando hacia los senos del Tiempo que traen la sanción de los actos y el juicio de la Historia.

Y nada más... Se obscureció la escalera, se obscureció el Palacio, apagóse el ruido de las pisadas. Nos vimos envueltos en tinieblas de panteón...

FIN DE AMADEO I

Santander-Madrid. Agosto-October de 1940.

En preparación:

LA PRIMERA REPÚBLICA

que aparecerá en la Primavera de 1911.